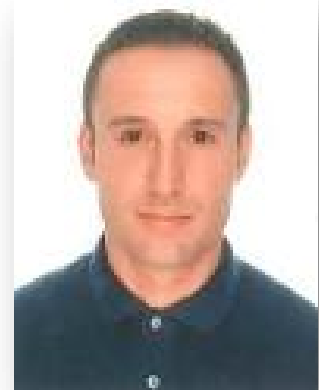


Accésit

Rubén López Fernández

Conquistar a Marisa

La aparición de su hermano les cogió a todos por sorpresa. No esperaban que volviera de permiso hasta una semana después, pero con lo de la herida del brazo se lo habían adelantado para que descansara esos dos días y se fuera recuperando. Estaba más delgado, aunque tras la barba seguía transmitiendo esa sensación de fuerza que era la envidia de todos. Llevaba una mano en cabestrillo, envuelta en un pañuelo azul celeste, y se quejaba constantemente de su torpeza por tener que realizar hasta las operaciones más sencillas solo con la izquierda. Aunque para sacar el paquete y colocarte cigarrillos en la boca si te das maña, ¿eh?, le decía su padre.



Lo del reloj era otra historia. Aun en la inseguridad de aquel final de febrero, tras un meses de sacudidas y acontecimientos locos, que alguien que era hermano, hijo o vecino de los allí presentes hubiera aceptado buscar a un desconocido, para entregarle el reloj de un familiar muerto, era puro disparate. Sobre todo porque significaba apartarse de la única tarea concebible en esos días, que era sobrevivir y descansar y recoger todas las migajas de felicidad posibles.

Para Alejandro, felicidad había sido poder estar más tiempo con Marisa desde que cortaron las clases. Con Marisa y su abrigo viejo, con sus vestiditos modestos escondiendo los tesoros que ya el verano anterior había visto aflorar. Con su pelo castaño cayendo en una cascada lisa justo por debajo de los hombros. Con los ojos verdes de Marisa y su forma de mirar fijamente. Aunque a veces ella se lamentaba por no poder seguir yendo a gimnasia rítmica porque la monitora, y la mayoría de sus compañeras, también había preferido marcharse de San Sebastián cuando comenzaron los combates. Y en esas andaba, en el jardín del portal, aprovechando para tomar el sol con ella tras semanas de lluvia, y perseverando en conquistarla cuando de pronto vieron llegar a su hermano Valentín cargado con aquella responsabilidad extraña. Irrumpió dejando caer la mochila sobre las tablas del porche, segando por la mitad una rutina que, aunque algo tediosa, siempre era

mejor que las preocupantes noticias que escuchaban por radio o les contaba algún vecino.

Pero esta vez la noticia era buena. Casi la primera desde que estallara la sublevación y ya no hubiera ningún motivo para sonreír. Llevaba una guerrera abierta, dejando entrever la pistola en el lado izquierdo del cinto, una braga negra al cuello y el cigarro en la boca, acumulando un tubo de ceniza que no terminaba de caer. Su padre salió al escuchar el alboroto y lo abrazó de una manera que Alejandro no había visto antes, palpándole la cabeza, y se notaba que respiraba con intensidad para capturar el olor del hijo al que tanto había anhelado tener de vuelta. Luego dijo que eso había que celebrarlo, y entró en la casa a por un salchichón enorme, pan, un cuchillo y varios vasos.

—Lo tenía guardado para el fin de semana, pero no me he podido resistir —dijo limpiándose la boca de migajas—. Era el último que quedaba en el mercado. A saber cuándo vuelve a haber otro, y qué precio tiene.

Habían puesto la mesa al sol, cerca de la verja, aunque soplaba un viento a ráfagas que no les permitía quitarse los abrigos.

—Está buenísimo, padre. No probaba nada así desde los primeros días.

—Lástima que no tengamos cerveza. Ni tomate para restregarle.

El hermano se sacó el cabestrillo, echó hacia atrás la cabeza, como buscando la mejor postura para absorber los rayos de sol, y estiró las piernas en toda su longitud. Empezó a contarles la historia del compañero muerto y Alejandro pensó que Marisa le miraba con mucho interés. Era un reloj viejo, no especialmente bonito, pero a la luz del mediodía adquiría un aire a clásico bien conservado. Lo observaron en todos sus detalles, puesto en la palma de la mano sana de Valentín, como quien analiza todas las variables de un acertijo, y en cierto modo lo era. Tenía una esfera beis, sencilla, y una correa marrón bastante desgastada. Las agujas estaban paradas porque el reloj era de cuerda y nadie le había dado desde que muriera su dueño. Apenas tenía un araño en el cristal, y en la posición de las doce podía leerse “Visconti” en letras elegantes, lo cual les hizo torcer el gesto al evocar cálidos paisajes italianos que nunca habían conocido, ni falta que les hacía.

La obligación moral era que el trozo de metralla que le destrozó al compañero las costillas y parte del vientre ponía, sin género de dudas, el punto final a su vida. Contó que había sido cerca del cerro Garabitas, en una explanada amplia donde no había parapetos ni zanjas ni nada, solo algún árbol destartalado para resguardarse de las balas. Habían tomado una posición muy buena, y avanzaban hacia allí los dos juntos, solos, porque se habían quedado rezagados dando fuego de cobertura.

Entonces comenzaron a caerles obuses y se metieron detrás de una montonera de sacos, y cuando se disipó la nube de humo y dejó de caerles tierra el compañero dio un alarido. Valentín, que no recordaba haberse tirado al suelo, vio desde ahí cómo a aquel le brotaba del costado un chorretón de sangre que encharcaba la tierra como una tubería pinchada. Apenas podía hablar cuando le pidió que le quitara el reloj de la muñeca y pronunció el nombre de Esteban Molina, que es a quien se le tenía que entregar. Valentín sintió un dolor agudo al desabrocharle la correa y se percató de que también él tenía metralla en el antebrazo. Tuvo la cautela de repetir el nombre muchas veces, hasta que encontró la oportunidad de apuntarlo en el mismo papel que en ese momento desdoblaba sobre la mesa para que todos lo vieran. Esteban Molina y él —contó Valentín que le había contado el muerto— eran primos por parte de padres, y el reloj había pertenecido al abuelo. Al parecer, aunque de esto Valentín no estaba seguro del todo, habían tenido una pequeña riña por ver quién lo heredaba, pues los dos habían querido mucho al viejo. Cosa que no encajaba con sus últimas palabras:

—Dile a mi primo que le quiero, y que no le guardo rencor por aquello... y que volveremos a vernos —dijo Valentín, mirando a los árboles pelados de la acera de enfrente; expulsó una bocanada de humo, y escupió algo que quizás fuese una hebra de tabaco—. No tiene sentido. Si el reloj se lo quedó mi compañero, ¿por qué iba a guardarle rencor él a su primo?

Poco después le contaron que su primo era sargento y que su comandancia estaba cerca de Rivas, por lo que sería fácil encontrarlo al tratarse de una persona distinguida. Marisa acercó la cara a Valentín, tal vez para empaparse de la emoción de aquella escena, la de un hombre a punto de morir que le pasa a otro su mensaje, y Alejandro sintió en el pecho el avispero de los celos.

Estuvieron divagando sobre qué habría sucedido entre ellos. Al padre le fastidiaba que su hijo mayor pensase dedicar sus dos días de permiso a una tarea que, no importándole un carajo, significaba indudablemente seguir jugándose el tipo durante un tiempo que podría dedicar a descansar. Valentín le miraba con sobriedad. Opinó que en esa época tan trascendental y tan difícil que estaban atravesando había obligaciones que eran inevitables.

—Es muy fácil decirlo —contestó el padre—. Pero solo tienes dos días, un nombre y que a lo mejor está combatiendo por Rivas. Y además está eso... —le señaló a la mano vendada—. No digo que eurras el bulto. Solo que a lo mejor no es el momento en plena guerra y estando herido.

Valentín se inclinó hacia un lado para apagar el cigarrillo contra las baldosas. Luego se reincorporó en la silla.

—Padre... —dijo mientras le quitaba la piel a un trozo de salchichón con los dientes y la escupía sobre su plato—; si este encargo era la última voluntad de un republicano moribundo, tengo que cumplirlo.

—Y lo vamos a cumplir pero...

—Pasarán unos años y nos olvidaremos de todo esto. Y las calamidades que ahora estamos viviendo, los cortes de luz, el ducharnos con barreños de agua o la falta de comida nos parecerán un mal sueño. Abrirán los colegios pronto, yo volveré del frente, mamá y todos los demás volverán también al pueblo, y lo único que importará será qué hicimos o qué dejamos de hacer mientras esto duró.

Se hizo un silencio que, apenas perturbado por el viento que silbaba contra los árboles, vino a dar más solemnidad a las palabras de Valentín. Alejandro no quiso decir que lo que importaba por encima de todas las cosas era salvar el pellejo, por no llevarle la contraria a su hermano mayor y por no parecer un cobarde a ojos de Marisa.

—Valentín tiene razón —dijo la chica—: si esperamos al momento que nos venga bien podría ser tarde.

Habló con una seguridad tan terminante, que pareció que nadie iba a poder contestar. Valentín suspiró, y sin dejar de mirar hacia la calle dijo que esa misma tarde, después de descansar un par de horas, se acercaría a su acuartelamiento a preguntar de qué forma se podía hacer llegar el reloj. De manera inesperada, Marisa hizo una propuesta que les descolocó a todos: ella lo llevaría, se encargaría de ir a preguntar por las últimas señas de Esteban Molina, le encontraría y le entregaría el reloj junto con las palabras del camarada muerto. Tal vez incluso le preguntaría qué significaban, qué había pasado entre ellos, pues le intrigaba mucho y quería saber qué había detrás.

—De ninguna manera —contestó el padre.

—Solo me faltaba que te pasara algo. ¿Qué le digo yo a tu familia si te pasa algo por un asunto mío, muchacha?

Marisa quiso insistir pero no le dejaron ni que lo intentara. Arrugó en sus labios carnosos la tensión de una curva de ballesta. No llegó a disparar. El hermano metió la mano en el cabestrillo, se levantó de la silla, pidió que le disculparan, pues necesitaba echarse un rato, y agarró la mochila como pudo. Su padre le indicó que se calentara agua en una olla, y que la mezclara en el barreño que tenían en el patio.

Marisa se fue a casa en su bicicleta, y también Alejandro quiso acostarse una siesta. Estuvieron retumbando en su cabeza las palabras de su hermano durante el

almuerzo. Pasaría todo, por fuerza, volverían a sus vidas y, años después, de esos días no quedaría más que el rescoldo de un mal sueño. Y pensó que pasaría todo menos su amor inabarcable por Marisa, por el dibujo encantador, casi picaresco de sus hoyuelos al reírse, por su sonrisa al verle esperándola en la esquina de su calle para ir al instituto. Esa sonrisa en la que no sabía distinguir si era muestra de gratitud o si es que le hacía gracia verlo a lo lejos, aguardándola con esa fidelidad perruna.

Se levantó al oír las botas de su hermano por el pasillo de casa. Acababa de volver del cuartel y había coincidido en el portal con Marisa, que venía para comentar con ellos las noticias que daba la radio sobre los combates en la Casa de Campo. Al salir de su habitación la vio de pie en mitad del pasillo. Llevaba un jersey de hilo rojo, un poco extemporáneo, que se le ceñía al cuerpo disfrazándola de mujer. Se había apresurado a quitarse el abrigo para colgarlo en el perchero de la entrada, y miraba hacia arriba para atender a lo que Valentín le decía. Efectivamente, el regimiento del tal Esteban Molina estaba en Rivas. Quería llevar el reloj al día siguiente a media mañana, aprovechando que un vecino iba para allá en camioneta a comprar pienso para sus animales. Marisa les pidió una pila porque en su casa se habían gastado todas y no tenían forma de seguir escuchando la radio hasta el día siguiente que abriera la tienda de Antoliano. Y mientras admiraba esa gracia casi ingrátida con que se desenvolvía, se dijo que necesitaba un golpe de efecto.

El reloj lo había de llevar él. Tenía que madrugar, cogerlo de la mesilla del hermano mientras este durmiera, dejar una nota e ir a buscar a Marisa para entregarlo los dos. Así lo hizo. Se levantó de la cama en plena noche con el sigilo de un ladrón, se lo echó en su mochila, en donde metió además un par de latas de sardinas, pan y una botella de agua, se montó en su bicicleta y se plantó en la puerta de la chica ebrio de entusiasmo. Tuvo que esperar para tocar a la puerta a una hora medio razonable. Por suerte abrió ella. No le costó convencerla para que le acompañara en la aventura, pues ambos estaban huérfanos de ocupaciones y convinieron en que lo mejor era encargarse ellos, para que su hermano pudiera emplear el día en descansar y volver en las mejores condiciones posibles al frente.

Así que pedalearon durante unas tres horas hasta llegar a Rivas, por el camino del Juncal, dejando a un lado el susurro verde de los pinos, avanzando en dirección a un sol que ascendía tamizado en niebla pero que poco a poco iba disipando el rocío. Después de salir del pueblo, Alejandro se alegró de ver la columna de humo de la fábrica de velas, recta hasta mucha altura. Volvían al trabajo. Eso significaba tener algo de luz en las casas después del atardecer, para verse las caras al cenar, para jugar con su padre al ajedrez o al parchís, para no deambular por las estancias

palpando las paredes en la penumbra. Pedaleaban a la par, salvo cuando puntualmente tenían que evitar algún escollo del camino. Marisa le dijo que era muy valiente lo que estaba haciendo, le dio las gracias por contar con ella, y Alejandro sintió que se derretía el asfalto bajo sus pedales. Alguien tenía que llevar el reloj a esa pobre familia, y sobre todo el mensaje: te quiero, no te guardo rencor por aquello, volveremos a vernos. ¿Qué había podido pasar entre dos primos, entre dos nietos del mismo abuelo, para dejar de hablarse? Porque seguramente no se hablarían, y tal vez habría transcurrido mucho tiempo, quién sabe. Pero sobre todo, ¿qué sentido tenía que el que se quedó el reloj hubiera de tenerle rencor al otro? Sin duda, lo sucedido iba más allá de la mera riña por la herencia de una reliquia. Quizá venía de antes. ¿Dinero, una ofensa intolerable, una mujer? Marisa estaba intrigada, y tenía la intención de preguntarle al tal Esteban Molina cuál era el motivo de esas palabras. Era lo menos que podía hacer después de que alguien tuviera la honestidad de devolver el reloj y se tomara la molestia de ir hasta allí, dadas las circunstancias. Estuvieron contemplándolo otra vez, y Marisa se dio cuenta de que en la tapa de atrás había dos iniciales grabadas con una punta muy fina, una P y una M, apenas visibles sobre el metal plateado. Alejandro opinó que, con toda probabilidad, la M era de Molina, y la P podía corresponder a Pedro o tal vez a Pablo, que sería como se llamaba el abuelo, o el bisabuelo.

Se pasó el trayecto mirando de reojo el vaivén del pedaleo de su amiga. Pese al grosor de las ropas que la cubrían, él era capaz de adivinar la voluptuosidad naciente de su cuerpo, la cadencia de sus muslos a cada lado del sillín. Pensaba en la casualidad extraña que le permitía ir a su lado, en qué posibilidades tenía de convertir sus deseos en carne y realidad, aunque en nada parecía mutar su habitual indiferencia.

Cuando estaban entrando a Rivas decidieron dejar las bicicletas escondidas entre los montones de escombros que se sucedían a un lado y a otro. Era muy fácil pinchar una rueda en un pueblo tan castigado. El paisaje cambió. Las calles estaban vacías. Apenas vieron a media docena de personas comprando medicamentos en torno al maletero de un coche. Pensaron que los habitantes se habrían marchado casi todos, y los que quedasen estarían reclusos en sus casas, temerosos de los enfrentamientos que, según los informativos, estaban teniendo lugar allí mismo. Avanzaban sobre el ruido de sus propias pisadas en el asfalto sucio, húmedo, rociado de vidrios. Empezaban a verse árboles tronchados, ventanas sin cristales, alguna farola cruzada en mitad de la calle, planchas de uralita cercando descuidados jardines sin dueño.

No tardaron en encontrar la comandancia. En la misma puerta del cuartel había dos coches parados con el motor en marcha. En uno de ellos no había

conductor. No paraban de entrar y salir hombres atareados, cerrándose hasta arriba los capotes, acomodándose los gorros, todos con el gesto tenso del que sabe que cualquier momento podría ser el último. Como nadie les hacía el menor caso entraron en el edificio. Alejandro le preguntó a un joven que encontró en los pasillos, poco mayor que ellos, por ser la única persona que parecía haber reparado en su presencia. Este les acompañó a una estancia grande, abriéndose paso entre tanta persona uniformada que les miraba. La habitación estaba llena de mesas en desorden y tenía dos ventanas que daban a un patio de luces, desde el cual llegaba el rumor de un generador funcionando. Había dos militares, probablemente oficiales ambos, ocupando una de las mesas. Uno de ellos estaba sentado y escribía de cuando en cuando en un cuaderno. El otro hablaba por teléfono, gritando y gesticulando, alternando el castellano con el inglés. Llevaba una casaca de las Brigadas Internacionales. Al verles entrar les miró durante unos segundos, para luego seguir aferrado al teléfono y dando vueltas alrededor de la mesa. El joven que les acompañaba se cuadró ante el oficial que estaba sentado y le intentó explicar lo que poco antes había escuchado de boca de Alejandro. El oficial negaba con la cabeza. Pronunció dos frases que no pudieron escuchar, por la distancia y por el ruido que entraba desde el patio. Parecía no querer entender aquella historia, como si le desagradase terciar en ese asunto, como si estuviese fuera de lugar atender a pavadas de críos y relojes en el limbo cuando tanta gente moría y tenían al invasor encima. Miraba más a Marisa que a Alejandro, quizá por extrañarle ver a una niña en ese escenario. Luego se levantó. Se dirigió hacia ellos a paso lento, y con un tono casi paternal les preguntó:

—¿De dónde venís, chicos?

Alejandro le respondió, y sacó el reloj de un bolsillo de la chaqueta. Se lo mostró, le dio la vuelta y lo inclinó para que viera, al reflejo de la luz diurna, las iniciales ahí grabadas. El militar apretó los labios finos en un gesto de severidad.

—Llevo varios días sin ver a Molina parar por aquí —dijo el oficial—. Lo mejor que podéis hacer es dejarme el reloj a mí e iros a casa. Yo mismo me encargaré de dárselo en cuanto lo vea —como vio que no contestaban, continuó mirando al joven recluta—. Les puede pasar algo, y no está la situación como para jugar a las aventuras. Ayer mismo fuimos bombardeados.

Alejandro quiso decir algo. Se quedó pensando en la posibilidad de dejar allí el objeto y no le pareció mal.

—De ninguna manera nos iremos sin entregar el reloj a su dueño —se adelantó a decir Marisa, aguantándole la mirada—. Y eso de dejarlo aquí ni hablar.

El verde de sus ojos centelleó. El oficial contestó que muy bien, que como ella gustase, y ordenó al recluta que les acompañase hasta la puerta.

El joven se ofreció a acompañarles al puesto de acceso al frente que les quedaba más cerca. Allí podrían preguntar por Esteban Molina. Alejandro le contestó que no era necesario. Así que el recluta les dio una indicación precisa de cómo llegar, les dijo que se solidarizaba con la causa que les traía por allí y les deseó suerte.

Al doblar la primera esquina vieron a dos hombres colocando tablas para señalar el boquete abierto por una bomba en mitad de la avenida. Caminaron durante media hora, y varias veces creyeron oír el rumor de un cañoneo lejano. El ruido se hizo más evidente cuando llegaron al lugar que les habían indicado. Era una calle cerrada en diagonal por un parapeto de adoquines, alto y aspillado, coronado de sacos terreros, que dejaba un hueco estrecho en uno de los extremos. Justo al lado había una caseta de madera improvisada y varios soldados con ametralladora. Discutían. Ambos pensaron que tal vez no era el momento de acercarse a preguntar nada. Esperaron unos minutos a que bajaran los decibelios de la conversación. Entonces Alejandro le dijo a Marisa que esperara, y se acercó él con la escasa determinación que fue capaz de reunir. Uno de los soldados dio un paso al frente y le hizo un gesto con la mano libre para que se detuviera:

—Párate ahí, chico.

Era un hombre alto, corpulento, ya de cierta edad. Llevaba la guerrera sucia. Las manchas canosas de su barba parecían un bosque calcinado, y bajo su casco se adivinaba un pelo casi al rape. Cuando empezaron a hablar, Alejandro se dio cuenta de que le faltaba una de las paletas superiores y le olía el aliento a alcohol. Le dio una explicación desahogada del relato de su hermano Valentín, de cómo estaba la situación en la Casa de Campo, y desdobló el papel manuscrito para enseñarle el nombre de la persona a la que había que localizar. Se oyó la explosión de dos proyectiles contra algún edificio al otro lado del parapeto. El ladrido de las ametralladoras se intensificó. El soldado cogió el papel y puso un gesto de contrariedad en su rostro. Portaba el fusil pendido del cuello, y tenía el tic de llevarse la mano diestra a la empuñadura mientras hablaba. Alejandro no pudo evitar mirar el contraste del blanco de la mano sobre el metal oscuro. Marisa se acercó a ellos.

—Esteban Molina murió hace unas dos semanas —le oyeron decir—. Sea lo que sea lo que os trae por aquí, ya no se puede hacer nada.

Los tres cruzaron sus miradas ante aquella noticia que no se les había ocurrido prever. El tipo se pasó la mano por la lija de su barba mientras observaba

con lascivia el cuerpo de la niña. Luego volvió a posarla sobre el arma. Había recibido órdenes de apostarse a las faldas de una sierra para controlar el paso de una carretera, continuó después de una pausa. Era un buen tirador. De los mejores que tenían. Pero se puso a nevar, y no disponía del abrigo de piel blanco que les dieron en intendencia. No se sabía por qué.

—Se le vería bien desde lejos, y le metieron una bala en la cabeza.

El tipo terminó su explicación y Alejandro, a fuerza de no saber qué decir, sacó el reloj de un bolsillo y le contó cuál era el motivo por el que le buscaban. Enseguida se dio cuenta de que había cometido un error. En la cara del soldado hubo un relampagueo apenas perceptible. Se oyó otra explosión, esa vez más cerca, y el desparrame de un montón de cascos contra el asfalto. Alejandro y Marisa agacharon la cabeza en un acto reflejo. Los otros soldados reclamaron al tipo a voces, y se metieron por el paso estrecho que dejaba el parapeto.

—Chaval, creo que lo mejor es que me deis a mí el reloj. Yo se lo haré llegar a la familia de Molina.

Alejandro no podía dejar de mirar con inquietud la abertura de entre los sacos.

—No. Este reloj lo vamos a entregar nosotros cuando termine la guerra —dijo, notando cómo su voz titubeaba.

Sucedió todo muy deprisa. El tipo miró a un lado y a otro. Le agarró de un brazo, al tiempo que Alejandro se introducía el reloj en el bolsillo y se intentaba alejar. Dame el reloj, no seas tonto, parecía gritarle el soldado, pero entre el estruendo de las detonaciones y el ruido de las balas que iban y venían le era imposible escuchar. Nunca había sentido en el cuello que su corazón bombeara con tanta violencia. Alejandro se intentó zafar de un estirón. Cuando se vino a dar cuenta ya había caído de rodillas sobre el asfalto. El puñetazo le había acertado cerca de la barbilla, y el soldado forcejeaba para terminar de acostarlo, meterle la mano en el bolsillo y arrebatarse el reloj.

—Y ahora largaos de aquí, antes de que os pase algo, y dejad de jugar a los soldaditos.

Y vieron cómo el tipo se perdía tras el parapeto mientras se guardaba la herencia de Esteban Molina en algún compartimento de la chaqueta. Alejandro levantó con parsimonia la cabeza. Le pesaba el plomo de la humillación sobre los ojos. Estuvieron unos segundos inmóviles, mirando el muro de adoquines amontonados que les marcaba el final del trayecto. Marisa puso sus manos en el hombro de Alejandro y tiró de él hacía arriba.

Se alejaron a paso ligero. Alejandro dejó que ella le cogiera del brazo mientras le volvía la sangre a las piernas, casi corriendo por esas calles en las que la basura se arremolinaba delante de las tiendas cerradas, de los escaparates rotos, de las puertas de las casas tapadas con sacos de arena. Luego se separó avergonzado. Al pasar un cruce creyeron oír cerca el ruido de hierros viejos de algún tanque, pero no vieron ninguno. Sí vieron a dos hombres ayudando a una señora mayor, bastante gorda, a bajar por la rampa de un sótano para esconderse. Sortearon otro parapeto de adoquines entre los que pronto, con el avance del enemigo, habrían de salir fusiles. Y consideraron que ya podían aflojar el ritmo.

Alejandro sintió hambre por primera vez a la salida de Rivas. El camino hasta su pueblo se le antojó interminable. Cogieron sus bicicletas y empezaron a pedalear, expulsando el vaho de sus respiraciones contra el horizonte anaranjado. Ninguno de los dos quería hablar de lo sucedido. Vieron a un lado de la carretera un coche arrumbado, casi chatarra, con una bandera roja, amarilla y morada en la luna delantera. Sin saberlo, ambos comulgaron en el pensamiento de que la familia de Molina no echaría en falta el objeto habiendo perdido a dos jóvenes de su carne. Ya no sabrían nunca qué había pasado entre los primos, pero daba igual porque los enigmas siempre acompañan al hombre hasta que un día pierden relevancia. Y Alejandro pensó, más que en el fracaso reciente y más que en la resistencia de Marisa a comprender la insinuación de sus miradas, en cómo habría de mentirle a su hermano sobre el destino del reloj. Pues lo importante no era que la fragilidad de un metal le marcara a uno el trascurso del tiempo, sino que hubiera tiempo. Y pensó que quería que le devolvieran su vida, y que lo quería ya, para volver a jugar al fútbol, para ir al cine o a bañarse al río en verano, para comerse los bocadillos de mortadela con olivas de la cantina o mirar las piernas de las chicas.

Jardiel